



QUE VEA

Por José María R. Olaizola, S.J.

Señor, que vea...
que vea tu rostro en cada esquina.
Que vea reír al desheredado,
con risa alegre y renacida.

Que vea encenderse la ilusión
en los ojos apagados de quien
un día olvidó soñar y creer.
Que vea los brazos que, ocultos,
pero infatigables, construyen milagros
de amor,
de paz, de futuro.

Que vea oportunidad y llamada
donde a veces sólo hay bruma.
Que vea cómo la dignidad recuperada
cierra los infiernos del mundo.

Que en otro vea a mi hermano,
en el espejo, un apóstol y en mi inte-
rior te vislumbre.

Porque no quiero andar ciego,
perdido de tu presencia,
distráido por la nada... equivocando
mis pasos
hacia lugares sin ti.

Señor, que vea...
que vea tu rostro en cada esquina.

✠ Beatos Ulma, una familia unida en la tierra y en el cielo

Por P. David Gómez Valdés

✠ Miremos al rostro del prójimo (Marcos 10, 46-52)

Por Alden García, S.J.

✠ Partir de la realidad con una mirada de fe (2/3)

Por Raúl Arderí, S.J.



Red Mundial de Oración del Papa



POR LOS QUE HAN PERDIDO UN HIJO

Oremos para que todos los padres que lloran la
muerte de un hijo o una hija encuentren apoyo
en la comunidad y obtengan del Espíritu con-
solador la paz del corazón.

SANTORAL

D 27: San Bartolomé de Bregantia /
L 28: Santos Simón y Judas / **M** 29: San
Narciso / **Mi** 30: San Gerardo / **J** 31: San
Quintín / **V** 1: Todos los Santos / **S** 2: Todos
los Fieles Difuntos

ro de noviembre, Día de todos los Santos

Beatos Ulma, una familia unida en la tierra y en el cielo

Por P. David Gómez Valdés



Una de las promesas más bellas del Señor a su pueblo fue comunicada a través del profeta Jeremías: «Ya no tendrán que enseñarse mutuamente, diciéndose el uno al otro: “Conozcan al Señor”. Porque todos me conocerán, del más pequeño al más grande» (Jr 31,34).

La Iglesia, *mater et magistra*, propone siempre modelos de santidad que no son inalcanzables, manifestando aquello que el Papa Francisco nos recuerda: “La Iglesia no es un museo de santos, más bien es un hospital de pecadores”. El cristianismo es estilo de vida practicable en el día a día, especialmente en nuestra familia y en nuestro centro de trabajo.

El 18 de diciembre de 2022, el Papa Francisco declaraba Venerables a toda una familia polaca de apellido Ulma. Ellos fueron martirizados durante la Segunda Guerra Mundial y han sido beatificados el pasado 10 de septiembre de 2023.

El matrimonio de Józef y Wiktoria Ulma fue bendecido con seis hijos que criaron cristianamente, y esperaban con gozo a otro bebé. El Evangelio, incompatible con la ideología nazi que despreciaba a quien era diverso, los ayudó a entender que era deber hu-

mano y cristiano ayudar a sus vecinos y protegerlos de la persecución racial. Por eso no temieron acoger a una familia judía, escondiéndolos en su hogar. Como católicos, venerando la Santa Familia de Nazaret, recordaron aquellas palabras del Papa Pío XI: “El antisemitismo es inadmisibile. Espiritualmente todos somos semitas” (6 de septiembre de 1938).

La familia tenía claro su horizonte común en el cielo, y con valentía aceptaron el martirio, ocurrido el 24 de marzo de 1944. Israel, para honrarlos como artífices de paz, los declaró *Justos de las Naciones* (1995). Lo curioso de su beatificación fue la inclusión del séptimo hijo, nacido justo durante el martirio: Wiktoria tuvo los dolores de parto mientras la torturaban. El bebé, con su bautismo de sangre, nos recuerda el valor de la vida humana ante los Herodes modernos que, a través del aborto, la eutanasia y la pena de muerte, pretenden ser dueños de la vida confiada en sus manos.

La familia Ulma representa una luz de esperanza para un mundo que no reconoce que “la vulnerabilidad pertenece a la esencia del humano” (Papa Francisco, 21 de octubre de 2017). Su martirio es un mensaje más actual que nunca: la vida del otro nunca es una carga, es siempre un don divino, cada ser humano es único e irrepetible, hecho a imagen y semejanza de Dios.

Józef y Wiktoria Ulma, con sus siete hijos, cumplieron la profecía de Jeremías, haciendo que todos, desde el más pequeño al más grande, conocieran al Señor y llegaran al conocimiento del puro amor de Cristo. Esta familia santa nos enseña cuánto podemos sacrificar-nos por el prójimo que está en peligro, aunque no pertenezca a nuestra religión ni comparta nuestra sangre. Hoy ellos interceden por las familias que se encuentran separadas por la emigración, divididas por las discordias y por aquellas que, poniendo a Jesucristo al centro del hogar, oran juntas y ofrecen testimonio de su fe.

Miremos al rostro del prójimo (Marcos 10, 46-52)

Por Alden García, S.J.



El Evangelio invita a preguntarnos si pasamos de largo ante la miseria del otro o nos detenemos para responderle con compasión. A las afueras de Jericó, en el margen del camino, se encuentra Bartimeo, ciego y mendigo. Podemos imaginar cuánto tiempo lleva esperando que lo traten con decencia; nuestro entorno no es diferente a la realidad de Bartimeo. Basta mirar tantos hijos de Dios buscando entre la basura algo para comer, pidiendo en las puertas de las iglesias, durmiendo en los parques a la intemperie, sin lo mínimo para terminar un día sin mañana.

Estas personas desean que les miremos con compasión, como hizo Jesús con Bartimeo. Claman en silencio porque no sigamos normalizando la ceguera, la mendicidad, como si la compasión fuese ajena a este mundo. Compasión pide Bartimeo al saber que Jesús pasa cerca. Con todas las fuerzas del alma, gritó: “¡Jesús, hijo de Dios, ten compasión de mí!”. Lo dijo una y otra vez, como el que clama cuando siente la vida rota, como el grito del anciano que hurga en la basura, de la mujer que pide porque está sola, del niño que tiene hambre.

El Evangelio nos dice que una multitud de personas insensibles se interponía entre Bartimeo y Jesús. Sin embargo, Jesús se detiene al escuchar el grito del ciego

y lo mira desde el corazón. Cuando hay personas viviendo como condenados no debemos pasar de largo, sino sentir y caminar con Jesús al encuentro y la acogida. Preguntémonos: ¿Por qué ese anciano, esa mujer, ese niño, tienen que vivir como mendigos y yo como un ciego? ¿Cuánto de nuestra realidad miserable cambiaría si le pidiéramos a Jesús la gracia de no pasar de largo, sino de responder con un pequeño gesto amable?

Bartimeo le pide a Jesús: “¡Que vea!”. Es la misma petición que cada persona herida de nuestro entorno le hace a Jesús, y nos la hace a nosotros. La pregunta es: ¿Cómo vamos a pasar por este mundo? ¿Pasaremos de largo ante personas agobiadas y afligidas o nos detendremos ante el rostro desnudo del prójimo a ofrecer algún gesto caritativo? Hoy le toca a otro ser el mendigo; mañana podría tocarle a mi padre, a mi hijo, a mí. Entonces querré que la compasión sea una realidad cotidiana.

No pongamos más sacrificios sobre los hombros del prójimo al no hacer nada para ayudarlo. Tengamos presente lo que el Señor nos pide: “Misericordia quiero, no sacrificios”. Aprendamos de Jesús que se detuvo ante el grito de Bartimeo, lo miró, le habló, lo escuchó, lo sanó y le aconsejó que caminara. Si hoy alguno de nosotros se encuentra como Bartimeo, ciego y mendigo, recordemos a Jesús: “Vengan a mí los que están cansados y agobiados que yo los aliviaré”.



Orando en la semana

- D** 27: Jer 31, 7-9 / Sal 125 / Hbr 5, 1-6 / Mc 10, 46-52
- L** 28: Ef 2,19-22 / Sal 18 / Lc 6,12-19
- M** 29: Ef 5, 21-33 / Sal 127 / Lc 13, 18-21
- Mi** 30: Ef 6, 1-9 / Sal 144 / Lc 13, 22-30
- J** 31: Ef 6, 10-20 / Sal 143 / Lc 13, 31-35
- V** 1: Ap 7,2-4.9-14 / Sal 23 / 1 Jn 3,1-3 / Mt 5,1-12^a
- S** 2: Job 19,1.23-27a / Sal 24 / Flp 3,20-21 / Mc 15,33-39; 16,1-6

Partir de la realidad con una mirada de fe (2/3)

Por Raúl Arderí, S.J.



El ícono inspirador del presente Plan Pastoral es la parábola del buen samaritano, quien se hace prójimo del hombre asaltado y tirado al borde del camino (Lc 10, 25-37). Con esta elección, la Iglesia cubana reconoce dos cosas. En primer lugar, se constata la difícil realidad de nuestro pueblo, que atraviesa la crisis más grave de los últimos decenios, con una carga casi insostenible de cansancio, agobio, desesperanza y desidia. Nuestras comunidades no son ajenas a esta dramática situación. En segundo lugar, se reconoce que, a pesar de las dificultades, la Iglesia está llamada a ser signo de esperanza y amor fraterno, haciéndose prójimo de aquellos que sufren y necesitan ayuda.

Partir de la realidad implica reconocer la complejidad y los desafíos actuales de Cuba, ante los cuales la Iglesia no puede ser indiferente o entornar la mirada. La fe nos impulsa a descubrir cómo Dios sigue actuando e invita a mirar la realidad con compasión. La parábola del buen samaritano nos en-

seña a no ignorar el sufrimiento ajeno, sino a detenernos, acercarnos y ayudar concretamente.

El Plan Pastoral no ofrece simplemente una invitación genérica a la conversión, sino que concreta este elemento en tres llamadas fundamentales: 1) la comunión y la fraternidad; 2) la participación y 3) la misión. Evidentemente en ello hay un reflejo del actual proceso sinodal que vive la Iglesia, y que en nuestro país sirvió de material inicial para elaborar este Plan. Entre nosotros estas llamadas son ingredientes que aportan un sabor particular al estilo de Iglesia que deseamos construir, porque creemos que desde ellas podemos contribuir a sanar nuestra sociedad herida.

La llamada a la comunión, que nace de la diversidad, y a la fraternidad entre todos los nacidos en esta tierra, nos permitirá responder a una cultura que tiende a la uniformidad y al individualismo del “sálvese quien pueda”. La llamada a una participación efectiva en los procesos de decisión y en la vida eclesial, es el mejor antídoto contra la imposición y la obediencia ciega, que acaba matando las mejores iniciativas personales y es una verdadera tergiversación de la autoridad. La llamada a la misión es la dinámica opuesta al ensimismamiento de una comunidad que olvida su tarea de anunciar la Buena Noticia a todos, y poco a poco se convierte en un gueto. Razón por la cual es incapaz también de dialogar con otros y reconocer cómo el Espíritu está soplando fuera de sus límites institucionales.

En esta invitación a la misión, podemos valorar la fragilidad de nuestra Iglesia como oportunidad para colaborar humildemente con todos los hombres y mujeres de buena voluntad que buscan tender una mano y levantar a nuestro pueblo herido.